

ediciones  
en auge



augeVerlag  
madrid & viena



Trifonia Melibea Obono Ntutumu Obono

# Herencia de bindendee

en cooperación con  
© ediciones en auge 2016

[www.ediciones-en-auge.eu](http://www.ediciones-en-auge.eu)

© 2016 Trifonia Melibea Obono Ntutumu Obono ©  
Ilustración de portada por *Ramón Esono Ebalé*

Druck und Vertrieb im Auftrag der Autorin/des

Autors: Buchschmiede von Dataform Media GmbH,

Wien

[www.buchschmiede.at](http://www.buchschmiede.at)

ISBN

Paperback: 978-3-99049-901-6

Hardcover: 978-3-99049-902-3

Das Werk, einschließlich seiner Teile, ist  
urheberrechtlich geschützt. Jede Verwertung ist  
ohne Zustimmung des Verlages und des Autors  
unzulässig. Dies gilt insbesondere für die  
elektronische oder sonstige Vervielfältigung,  
Übersetzung, Verbreitung und öffentliche  
Zugänglichmachung.

# **Herencia de bindendee**

**Trifonia Melibea  
Obono Ntutumu Obono**

## Índice

1. Herencia de *bindendee*
2. Niñas adultas, niñas *bindendee*
3. Mujer estéril, mujer *endendee*
4. Una *endendee* se va del pueblo
5. La educación de los *mitangan* en las mentes de las *bindendee*
6. El dios de la patria, legislador de las *bindendee*
7. La moral de las *bindendee*
8. Las cosas de los *mitangan* españoles
9. Se bautiza al heredero de las *bindendee*
10. Las *bindendee* en arresto domiciliario
11. ¿Dónde está el cadáver?
12. Justicia tribal

# 1

## Herencia de *bindendee*

Un cuidador, un esposo. Un guardián, un esposo. El garante de tu pan, un esposo. Eres fang, tienes una lengua, tus orígenes, tu tradición; lo contrario, venga de los *mitangan*, los blancos, o del infierno, desobedece. Y necesitas un *mbaale*, un cuidador, pues una mujer con esposo está protegida. En el lecho de muerte, los protectores de la aldea con armas y municiones en mano, repartían encargos de ancianos a las niñas y sus guías. De camino a la finca, al pozo de agua y al ir y venir femenino, las niñas aprendían con el *nkueñ*, la cesta. El *nyacle*, el maestro, con el *melongo* en la mano, látigo elaborado para azotar a menores y a mujeres, impartía sabiduría y encargos de los antepasados.

A los diez años, Mikue, infancia de bolígrafos y cuadernos confiscados por la Casa de la Palabra, ya estaba casada. Madre de seis niñas. ¡Seis niñas sin varones! Qué calamidad. ¡Una calamidad! *Los mitangan*, algunos, en misa, la miraban bendiciéndose por amor al dios de la colonia; otros se dormían entre lágrimas, y ella, llorando. Rezaba al llorar. Lloraba al rezar. Lloraba entre lágrimas religiosas. Mikue participaba en misa todos los domingos, fiestas de guardar y también las de no guardar.

La colonia se había marchado. Regresará mañana. Las personas mayores rezaban que sí, para seguir tomando café. Las mujeres, con agujas bordando ropa de hogar, lloraban entre lágrimas religiosas. De los blancos ya no se sabe nada. Del cielo se cayó una asignación. María santísima se queda en el corazón de las mujeres aunque se hayan marchado los blancos con su brujería. Las mujeres tomaron el mando y la llamaron Asociación Virgen María en su honor. Llaman en las madrugadas.

Las madrugadas de los jueves a las cuatro en punto. Todos los jueves, Mikue y sus contemporáneas andaban en las calles de los pueblos repartiendo bendiciones con indumentaria sacrosanta. Todo el vecindario se despertaba.

Eran canciones por todo lo alto. *Ven y bendiga al pueblo, ven y bendiga al pueblo. Nana María, nzaasar, nnam.*

Indumentaria sacrosanta. Todo terminaba en la iglesia con una celebración. Mujeres de blanco. Catequistas de pelo blanco. Corazones de blanco.

Era jueves y Mikue no pudo asistir a misa como acostumbraba. En el salón de la vivienda familiar entonó dos avemarías, un padrenuestro y la plegaria más representativa de su asociación: «Intercede por nosotros ante Dios desde el cielo, María y madre de Jesucristo poderoso. Protege nuestro pueblo de la brujería, de la maldad y de la mortalidad infantil. Danos fuerza para luchar contra la promiscuidad sexual femenina que se extiende en el pueblo por culpa de los *mitangan*, fertiliza nuestros senos,

nuestras tierras, viriliza a nuestros esposos e hijos y cuida de nuestras costumbres hospitalarias». Luego, lloraba entre lágrimas religiosas.

Obono, que quiere decir débil, su santa hija, así la llamaba con presunción entre lágrimas religiosas, seguía acostada bocabajo en la deformada cama que las monjas del Sagrado Corazón le regalaron por obra de caridad.

—Otra vez reza esta mujer, ojalá lo hiciera en silencio.

Otra vez reza esta mujer. Obono lamentaba entre sábanas el ruido. Silencio. Su padre, Alogo, hombre de Dios a juicio del catequista de la aldea, castigaría como la última vez que relató erróneamente los mandamientos de la ley de Dios. O en su caso, los días que faltaba a misa llevada por los juegos de las amigas.

Todavía Obono acostada en la cama con la esperanza de conciliar otra vez el sueño, un hombre calvo entró a su estrecha habitación sin tocar la puerta. No saludó ni articuló palabra. El hombre de Dios, mandamientos de los abuelos, lo tenía que hacer todo a la fuerza si quería preservar la categoría de varón integrante de honor en la tribu, un hombre fang. Las directrices se repartían en la Casa de la Palabra, *el abáa*, con Obono de testigo cuando había que llevar de comer a los hombres mayores.

Alogo abrió la ventana como un hombre fang. Estiró de un plumazo la sábana que protegía a Obono del frío como un hombre fang. Se marchó como un

hombre fang y con el morro largo refunfuñando sobre su desgraciada vida: casado con una *endendee*, prostituta, reproductor de solo niñas *bindendee*, único hermano de *bindendee*, un varón rico por estar rodeado de *bindendee* y sin hermano o hijo que heredara a las *bindendee* y sus bienes materiales.

Alogo estaba en todo momento enfadado con Dios, con los antepasados fang y con los muertos, por su condición de desgraciado sin hijo varón heredero de las *bindendee*.

Mikue, después de rezar, se acercó a la puerta de la recámara de Obono que dejó abierta su esposo. Estaba cansada, padecía de insomnio, trabajaba mucho y se encontraba embarazada de nueve meses. Le comunicó que dentro de una hora se marcharía a la finca y que la acompañara a la cocina, tocaba indicar las obligadas tareas correspondidas a lo largo del día y que desde niña aprendió.

—Eres una niña fang. Tienes deberes.

—Sí madre, enseguida voy, tareas de niña fang — contestó. Obono estaba preocupada.

Mikue escupió tres veces en un vaso arratonado que llevaba encima a todas partes específicamente para ello, difundía mal olor. Se marchó de la casa grande, lugar de reposo familiar y custodia de todo lo valioso. La morada se apodó así para resaltar sus particularidades en comparación con otras del pueblo construidas con material vulnerable y con la cocina, situada a diez metros y elaborada de madera y nipa. La casa grande estaba cubierta de chapas fabricadas en España, como distinguía orgullosamente Alogo, y

fortificada con cemento. Para la familia, una fortuna, le protegía de los vastos vientos y truenos y con razón llamaban *mitangan* o blancos españoles al hogar de Obono, vivían bajo las chapas de zinc como los blancos en tiempos de la colonia.

Obono sospechaba que ocurría algo extraño. Su madre, escrupulosa con todas sus citas religiosas y no religiosas en territorio católico, sobre todo acudir a misa, ¿por qué aquel jueves no? Y sus recomendaciones, los consejos de mamá. Las mujeres nacían para servir a los hombres y alimentarles. Y primero, por las mañanas, recalcaba con el tono de voz serio, una mujer hace la cama, dobla el pijama y se viste como Dios manda para alegrarle la vista a su esposo. Después aseguraba que la tradición fang atribuía a las madres el deber de formar a sus hijas como futuras esposas, escucha hija, escucha, estás obligada, no hagas preguntas, soy tu madre.

Al lado de la cama de Obono, un taburete. Se sentó. Con el brazo derecho doblado, se raspó la uña del dedo pulgar en uno de los pocos dientes que quedaban de su debilitada dentadura castigada por las caries. Seguidamente trazó en la parte superior de su frente la señal de la santa cruz. Mikue, junto al catequista, le enseñaron que el signo simbolizaba sinceridad. Y es que encargarse de las tareas del hogar en un día normal de clase no le agradó. Decidió recurrir. Sabía que conseguirlo no resultaría fácil, nunca lo fue. Había que intentarlo. Con este

objetivo se fue a la cocina, donde se hallaba su madre.

—No te preocupes —estaba sentada en una cama de madera de las cinco que había en la cocina y la niña de dieciséis años de pie—, mientras dormías, el pregonero ha informado que el maestro está enfermo de Dios. Las clases se reanudarán cuando se recupere, ¡su misericordioso quiera que así sea! —Se trazó la señal de la santa cruz en la frente.

A lo largo de la conversación Mikue preparaba dos fogones: uno para calentar la sopa de cacahuete del día anterior objeto de desayuno y otro para que las cinco hermanas pequeñas de Obono, que en este momento entraban por la puerta frotándose las mandíbulas, se calentaran el cuerpo; el frío no dejaba en paz a nadie de la aldea. Al mismo tiempo introducía en el *nkueñ* el machete, la escudilla y todo lo necesario para trabajar con eficacia en la finca.

El orgullo de una mujer, la cesta. Así les decía Mikue a sus niñas. En la aldea, todas las menores desde temprana edad aprendían a cargarla en la espalda durante varios kilómetros, los que separaban la casa de la finca y viceversa. Obono y sus hermanas adquirieron cestitas.

Alogo permanecía en una choza medio en ruinas y hecha de nipas situada a pocos metros de la cocina, la Casa de la Palabra. Allí lamentaba su desgracia de casarse con una *endendee* incapaz de reproducir varones. Para evitar que escuchara la conversación de madre e hija y observara cómo acariciaba Obono el pelo de su madre y lo ataba con una goma,

hablaban en voz baja. Le ordenó a su esposa, un día que las encontró jugando, no encariñarse con niñas *bindendee*, como ella misma. Aseguraba que los progenitores menos afectivos recibían mayor respeto de sus hijas e hijos.

—Como consecuencia de la indisposición del maestro —manifestaron las niñas y a la vez a Mikue—, nos vamos a la finca contigo. —Se levantaron una tras otra y prepararon igualmente sus cestas, se vistieron la ropa guardada específicamente para la finca y se colocaron enfrente de la puerta, para evitar que se fuera Mikue, de donde creían que saldría poco después.

—Esta vez resulta imposible —advirtió—. Mis amigas y yo formamos ayer el *Ecama*. El *Ecama* lo constituyen grupos de mujeres que se organizan en función de afinidades religiosas, amicales o familiares, cuando se inicia la época de las plantaciones o cosechas de calabaza y cacahuate. De lunes a sábado acompañamos a cada una de las integrantes a su finca y efectuamos el trabajo acordado. De este modo mejoramos las técnicas de trabajo y hablamos de asuntos de mujeres.

—¿Qué son asuntos de mujeres? —preguntó Angué, de quince años. Se quedó mirando a Mikue con curiosidad.

—No puedo contestar a esta pregunta. No encuentro entre vosotras a mujeres de verdad. De lo contrario, no bloquearíais la puerta para impedir que me marchase. Las mujeres de verdad reflexionan antes de tomar decisiones.

La voz de Angué, hija segunda tras Obono, se apagaba progresivamente. No entendía, al contrario que las demás, que Mikue no se iría con ellas. Sustituyeron las palabras por los llantos al tiempo que abandonaban las cestas en el centro de la cocina con las caras encogidas.

Obono sostenía el mismo propósito. Quería marcharse a la finca con su madre, pero ella mencionó en una ocasión que su obligación como hermana mayor consistía en discernir las situaciones difíciles y servir de ejemplo. Ya era una mujer adulta. Acababa de cumplir dieciséis años.

—Eres una niña fang. Nunca lo olvides, hija. Nunca incumplas tus deberes —repetía la madre.

En cambio, para las niñas, marcharse a la finca constituía la mejor opción con respecto a quedarse en casa en compañía de su padre, quien hasta el momento no mostraba signos de partir a ningún lugar, como de costumbre.

A Alogo, en el pueblo, las personas mayores le consideraban un hombre culto, pocos privilegiados como él sabían leer y escribir correctamente en castellano, en la lengua de los sagrados padres colonizadores, según las palabras de Bonifacio Ondú Edú, presidente autonómico de la Guinea Española. Así lo recordaban sus partidarios con nostalgia en el pueblo. Sin embargo, en casa estaba siempre con el rostro arrugado todos los días del año. Nunca se reía ni con su esposa, quien se peleaba con las niñas y el tono de la discusión cambiaba de matiz. De finca

nada. En casa se extendió un silencio inmenso y se produjo un cruce de miradas entre todas que Mikue rompió asegurando que tardaría menos de lo habitual en regresar de la finca. Obono insistió en convencerla de que no les importaba marcharse con ella hasta muy tarde con tal de quitarse de encima la compañía paterna.

—Muchas veces ha cuidado de vosotras en mi ausencia y se lo agradezco, no le ha dado vergüenza en ningún momento ejercer las labores de mujer. Y una cosa os digo, es vuestro padre y siempre lo será. Anda, un pequeño sacrificio.

La compañía de Alogo. Se acomodaba en un sillón y desde allí demandaba que le trajeran objetos situados a distancia para sus trabajos de carpintería o cualquier otro. De ningún modo se podía hablar si no era para comunicar asuntos importantes. Nada se hacía sin autorización, controlaba incluso las miradas. Tampoco podían las niñas visitar a las hijas del vecindario y viceversa. Estaba prohibido jugar. Angué, la segunda hija, permaneció de pie enfrente de la puerta. Esperaba con impaciencia marcharse con la madre sea como fuere. Al darse cuenta de que su padre se acercaba, se revolucionó. ¡Necesito encontrar mis zapatos! Buscó desesperadamente debajo de la cama, donde posiblemente abandonó las sandalias el día anterior, no las encontró. Corrió deprisa y suspirando como si fuera a ahogarse, se sentó al lado de Obono y escondió las plantas de los pies detrás del cubo de basura que se encontraba al

lado de la cama. Desde allí observaba de reojo a su padre con recelo, quien desde la puerta y extendiendo con ligereza el brazo, tiró en el centro de la cocina un bolso azul carcomido. Contempló con altivez el suelo sucio y se largó.

En interpretación de su lenguaje mímico, que en considerables ocasiones utilizaba, Mikue intuyó que debía guardar en él la parte del desayuno que le correspondía y todo el material con el que habitualmente trabajaba en la finca. Luego Obono agarró la escoba elaborada con ramos de palmeras y atadas con una cuerda. A barrer el suelo, había incumplido algunas de sus obligaciones matutinas. Barrer el suelo ensuciado el día anterior.

Inmediatamente las niñas abandonaron la idea de acompañar a su madre a la finca. No recordaban la última vez que en un solo día perdían de vista a Alogo y tomaban vacaciones escolares indefinidas. Alogo se alejaba. Mikue de pie y con la cesta en la espalda, señalaba con atención y enumerando por orden de importancia los deberes de niña fang diarios a Obono en el patio, donde se colocó un bidón azul para que el agua de lluvia se derramara en él.

—Primero bañas a las niñas con el agua de lluvia que queda y transportas la que puedas del río. Después lavas los platos. Ordena y friega el suelo de la casa grande. Plancha la ropa que lavamos la semana pasada. Cocina sopa de cacahuete con hojas de malanga, y sobre todo, cuida de las niñas y de forma especial a la más chiquilla, de apenas doce meses.

Llegaba el momento de la despedida. Las niñas encargaron alimentos. Obono dejó de solicitar cosas desde que se hizo adulta.

—¿Traerás cañas para mí? —preguntó Asangono saltando al lado de su madre.

—Si me prometes que te portarás bien, sí —contestó. Llegó el turno de Angué.

—Solo te encargo dos boniatos para hacer una sopa y hojas de yuca con el fin de preparar la bambucha.

Al final, Mikue aseguró que traería todos los alimentos solicitados. Desde lejos regaló dos besos girando la mano. Le dijeron las niñas adiós con los brazos en alto inclinándolos de un lado a otro, correspondidas. Se marchó. Obono a trabajar. Desayunó cacahuete con las niñas y tomaron *contrití*, un líquido compuesto por el aroma de *osang*, hierba local, y caña de azúcar hervidas durante media hora. El *contrití* se toma cuando la temperatura se suaviza. Entonces se vierte en un vaso y se consume acompañado de tubérculos tostados, ¡delicioso!.

## 2

# Niñas adultas, niñas bindendee

Alogo refunfuñaba. Seis niñas. ¡Seis niñas! Casado con una *endendee*, su esposa Mikue, reproductor de solo niñas *bindendee*, único hermano de *bindendee*, un varón rico por estar rodeado de *bindendee*, y sin hermano o hijo que heredará a las *bindendee* y sus bienes materiales. Estaba en todo momento enfadado con Dios, con los antepasados fang y con los muertos, por su condición de desgraciado sin hijo varón heredero de las *bindendee*.

¿Ahora qué? Ahora nada. El vacío varonil —Alogo hasta entonces solo había reproducido *bindendee*— descansaba en los hombros de Obono, la hija mayor. A dar órdenes. Los deberes de niña fang tocaban. Las niñas, ya limpias y con la piel bañada de aceite de palmiste, y tanto, que desde lejos brillaban como el interior de un espejo. Insistió en que jugaran a las muñecas y al fútbol más tarde.

Escaseaba agua para proseguir con el resto de cometidos. Así que decidió antes de realizar ninguna otra tarea, transportarla del río. Mikue compró en el mercadillo un cubo grande específicamente para ello. Le pidió a Angué que por favor lo bajara del armario de madera chapucera situado cerca de la puerta, mientras cargaba en la espalda a Asangono, la niña

más pequeña y la sujetaba con una toalla amarillenta. Debía llevarla consigo para que las demás niñas pudiesen jugar. El programa se interrumpió porque Angué no encontró las muñecas ni el balón en el escondrijo de siempre, tuvo que fabricarlos. El balón se elaboró con hojas secas de platanares y las muñecas con el corazón del platanar. Hasta que llegó Monsuy, la muchacha a la que Alogo prohibió las visitas por culpa de las «cosas de hombres» que le enseñaba a Obono.

Las seis hermanas tenían prohibido relacionarse con menores del pueblo, órdenes de Alogo para conservar la privilegiada educación de los *mitangan* que estaban adquiriendo. Obono y Monsuy se marcharían juntas al río, había que cargar agua de consumo doméstico.

Monsuy llevó a Obono al pasado un día que decidieron jugar a los uniformes en la celebración del matrimonio de una pareja de octogenarios. La lista que confeccionaron se componía mayoritariamente de hombres que en el pueblo se resaltaban por su gentileza, estilo y belleza. El papel que contenía los nombres lo abandonaron sobre la mesa de la terraza de la casa grande. Alogo lo encontró. Dos días después, una cita en la casa grande. Las llamadas de papá a las niñas se respondían con la cara alta, vocalizando, como cultivadas en un aire a los *mitangan*, y levantando la voz.

Alogo estaba sentado en el recibidor de la casa grande con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda. Entrelazó las dos manos colocándolas sobre las rodillas. Contemplaba con rabia a Obono.

—De rodillas, aquí, delante de mí —gritaba—. Estoy defraudado y avergonzado, mi hija católica y fang comete actos impuros.

Obono tenía prohibido contestar a las personas mayores. La saliva de su padre le alcanzaba a lo largo del discurso. No cayó en la cuenta hasta aquella noche de que se pecaba de pensamiento, ni que sentirse deseada o desear a una persona precisaba que le pidiese autorización a nadie y mucho menos a su padre, con quien no conversaba. Llegó el castigo.

—Como no has recibido el sacramento de la comunión que permite a los fieles confesarse, ¡de rodillas!, rezarás en voz alta el padrenuestro y dos avemarías.

Encontró el manto con el que Mikue se iba a misa y le cubrió la cabeza. En él se podía leer *Ruega por nosotros pecadores*. Obono temblaba, fue una sensación extraña, su padre nunca la tocaba.

—¡Esta vez no te voy a azotar! —susurró cubriendo su cabeza y asegurando que una mujer no rezaba sin cubrir debidamente la cabeza—. Reconozco que la competencia de perdonar los pecados les corresponde a Dios y a la madre Iglesia. Te dejo un rato para que reces y te arrepientes como buena